

Jesús Salviejo

Chankoro

Historia de las palabras semillas



NARRATIVA

M.A.R. Editor

«Quien revisando lo viejo conoce lo nuevo, es apto para ser un maestro».
Analectas, Confucio.

Personajes

Stela Soares Reig: niña y mujer narradora de la historia.

Cristovao Maia (Garrone): Compañero de clase de Stela.

Apolo Maia: padre de Cristovao.

Ebenezer Cohen: vecino de las tías de Stela.

Ismael y Ruth Cohen: tíos de Ebenezer Cohen.

La señora Chan: anciana china.

João Silveira: marinero portugués.

I

Fueron unas no navidades notables que mi memoria de anciana nunca olvidará, porque sucedieron cerca y lejos, como cuando vemos un abrazo entre desconocidos en un andén, sin saber si se marchan o llegan, sin saber si lloran de alegría o de tristeza, con la duda alojada en un tiempo palíndromo. Aunque todos los finales y principios de año son así. En todo caso, de aquella cena, guardo el hábito de celebrar el principio y fin del año en una fecha que no determinan los calendarios, sino los encuentros y la rara costumbre de añadir, a las doce uvas, un grano de arroz. Esto me lo enseñó João Silveira, aunque en su voz se refugiaban otras muchas voces, como las de la nube y el río se refugian en el silencio de la nieve durante el invierno.

—El final de aquel mes de diciembre fue así, Stela: un barco a la deriva en un tiempo roto—, dijo mientras dejaba el vaso sobre la barra, señalando la amplia esfera del reloj que reinaba como una luna llena en la pared de la bodega *Va pensiero*— y yo había navegado mares muy difíciles durante aquella guerra, pero nunca uno tan agitado e imprevisible. Las horas se habían salido de los relojes como el agua hirviendo de una olla al fuego. Uno sentía que, cuando caminaba, se le embarraban las botas de memorias rendidas a la desesperanza. Aquel solsticio ya no cabía ni en los calendarios —

prosiguió haciendo que su voz creciera por encima de las de los parroquianos, como tenía por costumbre a bordo, para hacerse oír por encima del estruendo de las olas— y, el Anfítrite, era una vieja bañera con bandera portuguesa que había sobrevivido a los submarinos japoneses sencillamente porque pensaban que no merecía la pena desperdiciar un torpedo en un buque con tanta vocación de naufragio—.

Así me sentía yo, al menos, en parte. Un barco a la deriva en un tiempo roto Yo atendía con cierta desgana. Entendía por qué era tan importante para ellos aquella cena, en que se daban cita las Saturnales, Janucá, las Navidades y el Chūnjié, el Año Nuevo Chino siempre amenazado por el hambriento Nian, aunque este no llegara hasta bien entrado enero: era la manera de recordar que vistiéramos como vistiéramos y creyéramos lo que creyéramos, habíamos decidido cruzar juntos el umbral hacia un tiempo nuevo, aunque esto, paradójicamente hiciera al mundo más viejo. Pero, a la vez, me llenaba de tristeza flanquear esa puerta, porque sentía que me obligaba a una despedida. Hacía crecer en mi interior una tristeza de ortiga. Adoraba la compañía de mi nueva familia, sin embargo, en aquellos momentos echaba de menos las últimas navidades con mis padres y el sol dorado de las playas de Inhambane más que nunca.

“Sequía en corazón es desierto en cabeza, *palabrasemillas* no crecen y se malogra cosecha.”, me había dicho la señora Chan días antes.

Pero yo no entendía. O quizás no quería entender. Por lo visto, aquella noche, ese era mi trabajo. Eran mis primeras navidades de dragón. Mis primeras no navidades también.

Y, el final de año, un cinco de enero.

Mi tiempo también se había salido del tiesto.

Una vieja radio, la misma que meses antes había recogido la emisión de Grândola Vila Morena, goteaba noticias y músicas como una clepsidra, mientras la vida de los parroquianos del *Va pensiero* se destilaba junto a los estantes repletos de botellas de vino. El viejo molinillo de café y unos paquetes de especias y arroz, entre los rótulos de las cajas de mercancías de mil y un lugares que los marineros habían ido dejando —Macao, Goa, Lourenço Marques, Porto Alegre—y pequeñas linternas, nacidas de la mano de la señora Chan, con el Shuang-Xi dibujado sobre el papel —la doble felicidad— vestían el lugar del color de los claveles de abril.

Esperábamos a Cristovao y a su padre, el teniente Apolo Maia. Íbamos a cenar en la casa del señor Cohen. Él y la señora Chan se habían encargado de todo. João Silveira había decidido aportar el toque casero, añadiendo unas botellas de Arinto de Bucelas, proporcionadas por el dueño del *Va pensiero*. Y yo había decidido acompañarlo. No soportaba aquellos preparativos que me hacían pensar en equipajes para despedidas. Sería una mezcla curiosa de platos aquella cena: Pai Gu tu dou dun dou Jiao —un estofado con costillas, patatas y judías verdes, las costillas eran de cerdo, pero el señor Cohen hizo una excepción—, africana —un pollo al piri piri,

muy picante—, y de postre unos deliciosos sufganiót de Janucá y un magnífico pastel de granos de arroz que la señora Chan llamaba niángão.

—¿Qué quería decir la señora Chan con *palabrasemillas*? —dije de pronto, en voz alta. Y me sorprendió mi voz. Sonaba distinta. En su interior había un reproche que todavía no alcanzaba a comprender. Quizás, tenía dentro, ahora, ecos de voces diferentes como la de João Silveira. Acaso hablaba la ortiga que me había arraigado en el corazón. Las voces son como los cascos de los barcos que llevan, pegadas, las caracolas de todos los océanos que han surcado.

Tras escucharme, João Silveira, prosiguió con su historia:

—Por eso te quiero contar aquel viaje del Anfitriote en 1947. Porque fue durante ese viaje cuando conocí a la señora Chan y aprendí ese cuento. Tú y yo no hemos hablado mucho, Stela. Quizás ambos estamos más hechos de silencios que de palabras. Por eso creo que debes conocer esta historia en la que el tiempo se fugó de los relojes y los calendarios para buscar refugio en los encuentros. Hizo a un lado su vaso, sacó del bolsillo interior de su *peacoat* una vieja libreta y un lapicero diminuto y, con una soltura y precisión que yo solo había visto en los dedos de la señora Chan, trazó sobre el papel un eco de aquella escritura que la señora Chan me estaba enseñando y que él había aprendido en sus viajes por oriente: 贫民窟

—Pin min ku —, dijo.

Y me contó la historia de las *palabrasemillas*.

II

—¿Pin min ku? —, repetí.

—Así lo llamaban. A bordo del Anfitrite, lo conocíamos como la ciudad-bodega. Era un espacio muy reducido, entre los cajones del cargamento entibado en las entrañas del buque, donde viajaban, hacinados, los refugiados. Desde que habíamos partido del puerto de Wusongkou apenas habían salido a la superficie y un viejo reloj, rescatado de la estación de trenes del norte de Shanghái tras su bombardeo, marcaba su tiempo, aunque siempre con retraso. El tiempo de los refugiados siempre es un tiempo aplazado. Niños y mujeres, sobre todo, dos ancianos judíos, Ismael y Ruth Cohen y una china vestida como una maiko, una aprendiz de geisha, a la que todos llaman así: ちゃんころ

“Chankoro. Esa palabra es japonesa. La conozco bien,” pienso mientras interrumpo a João Silveira:

—Eran los tíos del señor Cohen, los que emigraron a Estados Unidos.

—Así es. Ellos también están en el Pin min ku. Allí, se hablaban dos idiomas universales: el hambre y el recelo. Esa maiko, a la que yo aún no sé que llamaré señora Chan, que será una de mis mejores amigas, habría podido ir en primera clase, pero ha preferido la ciudad-bodega. Puede que se sienta culpable y crea que ese es su sitio. Quizás, aunque yo todavía no lo sepa, entiende muy bien esos idiomas aprendidos en Nanking durante la guerra. Los refugiados no le dirigen

la palabra. Es una mujer consuelo de los japoneses. La desprecian. La vigilan con desconfianza. Los días pasan y un silencio oleoso se extiende allí, mientras el barco se agita en medio de un océano cada vez más arisco—.

La mirada de João Silveira parece balancearse ahora también, con su recuerdo, por el interior del *Va pensiero*, vagando por las paredes, perdiéndose entre las conversaciones de los parroquianos y los objetos que decoran las paredes, mientras desgrana su memoria.

—Yo era el encargado de bajarles la comida. Pensé: ¿de qué forma puedo aliviar la situación de esta gente? Recordé que el capitán había embarcado, al principio de la guerra, un gramófono enorme perteneciente a un comerciante que murió durante una de las travesías. De modo que busqué el baúl donde guardaba el aparato con sus discos y lo instalé en la ciudad-bodega, entre dos cajones de municiones. Ismael Cohen, agradecido y entusiasmado por el regalo, buceó entre los discos y se encargó de hacerlo funcionar. Y, durante unos días, las melodías de viejas óperas italianas vagaron por el aire viciado de la ciudad-bodega como un fantasma de armonía, aliviando las horas de soledad de aquellas gentes.

De pronto la luz se fue en el *Va pensiero*, la radio enmudeció y, pese a los enérgicos golpes del dueño, no resucitó. Pronto aparecieron velas en los cuellos de las botellas vacías, iluminando el lugar y vistiéndolo de un silencio muy semejante a las sombras. Entonces, João Silveira, quizás evocando aquel gramófono del que hablaba,

alzando el vaso, detuvo su narración y rompió a cantar, con inesperada delicadeza:

Va', pensiero, sull'ali dorate / Va', ti posa sui clivi, sui colli / Ove olezzano tepide e molli / L'aure dolci del suolo natal!

(Ve, pensamiento, sobre alas doradas; / ¡Ve, póstate en las praderas, en las colinas, / donde exhalan sus fragancias tibias y suaves / los aires dulces de la tierra natal.)

El resto de los parroquianos del *Va pensiero*, sorprendidos al principio al escuchar la letra del *Nabucco* que daba nombre al lugar, no tardaron en unirse a él. Yo sentí el impulso de unirme también a aquella alegre hermandad, aunque fuera con un tarareo, pero, de nuevo regresó la sensación de estarme despidiendo para siempre y la soledad fue tan grande —la ortiga creciendo en mí, acaso esa era la lluvia en el corazón de la que hablaba la señora Chan— que guardé, en mi silencio, el recuerdo de todo mi mundo perdido en Inhambane.

Sin embargo, cuando João Silveira terminó de cantar, volvió a llamar mi atención y continuó su relato.

III

—Fue como si al mar le enojara aquella música—.

A João Silveira, la luz movediza de las velas le daba, ahora, el aire de un sangoma que había visitado una vez Inhambane cuando yo era niña, un hombre-medicina en pleno rito de sanación.

—El Anfítrite comenzó a cabecear entre las olas como una campana tocando a rebato. El gramófono salió volando, estrellándose contra las cajas. Y la ausencia de la música, convocó un silencio sobrecogedor. Todos se agarraron como buenamente supieron a los fardos y los cajones de la carga. Estaban bien sujetos, sin embargo, amenazaban con soltarse y venirse encima de los habitantes de la ciudad-bodega a cada nuevo vaivén. Eran como las cuerdas de un instrumento a punto de saltar y cobrar naturaleza de látigo. Solo el viejo reloj de la estación sur de Shanghái, firmemente sujeto por una cadena al mamparo de la bodega, proseguía la cadenciosa lectura de su esfera blanca. Yo les había dicho a los niños—, João me mira ahora fijamente a los ojos. Él cree que me he distraído porque me he apropiado de su lapicero mientras cantaba y he comenzado a dibujar para poder huir de la soledad que me inunda. Es como si estuviera yo en el Pin min ku. La canción ha hecho que yo también oscile como una campana y a sus letras chinas dibujadas en la libreta, que me parecen casitas con tejadillos de bambú, les haya inventado remolinos de pájaros en los aleros, que ahora parecen volar de verdad por el efecto de la luz de las velas. Volar lejos, muy lejos...

—Les había dicho a los niños —repite— que, cuantas más vueltas diesen aquellas agujas a la esfera, más cerca estarían de casa y más lejos de la guerra. Yo siempre acudía todas las noches, a darle cuerda y a corregir la hora. Era sorprendente ver los rostros de todos, absortos en mis movimientos cuando ajustaba las agujas. Aunque el reloj atrasaba, un frágil pero esperanzado hechizo se tejió con aquellas

agujas que hasta hace unos años marcaban el paso de los trenes de la estación sur de Shanghái, en la mente de todos los habitantes del Pin min ku. Cada vuelta más cerca de casa, más lejos de la guerra...

“Lejos, lejos”, pensé mientras dibujaba pájaros, “es como si me estuviera leyendo el pensamiento”. Alcé los ojos y los posé sobre el reloj del *Va pensiero*. Para mí, en cambio, cada vuelta era más lejos de casa y más cerca de... Ese era el problema, no sabía de qué.

—De improviso el barco se escoró con violencia. Las luces de emergencia se apagaron. Tras un instante prolongado y oscuro en el que escuchamos perfectamente el sufrimiento del metal de los mamparos, sólo se oían sollozos callados y el ronco y enfurecido rugido de la tormenta al otro lado del casco, como si Moby Dick acechara en lo más profundo del océano y hubiera confundido el Anfitrión con el Pequod —concluyó João Silveira, apurando su vaso.

IV

—El viejo reloj de la estación de Shanghái se había parado cuando la luz regresó. Me bastó ver las miradas de los niños para saber que aquel suceso, aparentemente sin importancia, había colmado el vaso de la desesperanza en ellos. Intenté darle cuerda, pero fue inútil. No sabía qué hacer—.

João Silveira saca su reloj de bolsillo. Lo acaricia como si estuviera manchado de aquel recuerdo. Lo conozco bien. Se lo he visto arreglar a la señora Chan muchas veces. Durante un instante Hóu, con su cara

de mono del zodiaco chino, me mira desde su esfera en mitad de las sombras. Él lo mira como probablemente hizo en la ciudad-bodega en las entrañas del Anfitrión. Y descubro que mis manos están palpando mi colgante de *pau preto*, mi propia brújula, el último eslabón que me une a mis padres. La historia de las *palabrasemillas* ha estado a punto de hacer que me olvide de mi soledad, pero allí está de nuevo la ortiga acariciándome el corazón. Y mi mente vuelve a asustarse de las palabras, como una tierra sembrada de sal rechaza la siembra.

—No sabía qué decir —continúa João Silveira. —Los niños comenzaron a lamentarse. Yo me apresuré a revisar y asegurar los cajones y los fardos para que no aplastaran a nadie. Los gritos crecían. Me acerqué a ellos. Abrí mi reloj para mostrar a los niños que las agujas aun corrían, que no era el tiempo el que se había parado sino el reloj, que saldríamos de aquella tormenta, pero también las agujas del mío se habían detenido un minuto antes de la media noche. Había una pelusa entre las agujas. Me llevé el reloj al oído. Golpeé la tapa. Pero Hóu, siempre tan parlanchín, se había quedado mudo. Podría decir que se extendió el silencio en la ciudad-bodega, pero no era silencio aquello. Era lodo de desesperación, tan fluido, que selló con su lengua húmeda incluso el más recóndito rincón, hasta que no quedó ni un solo lugar de la ciudad-bodega, que no estuviera manchado. Entonces volvieron a parpadear las luces amenazando con devolvernos a la oscuridad. Por un momento el mar pareció calmarse. Miraba mi reloj como quien mira una brújula que se ha vuelto loca y ya no le permite marcar un rumbo. Fue entonces cuando Ismael y Ruth Cohen se

levantaron. Desde que el gramófono había enmudecido permanecían callados, agarrados a las cuerdas, tomados de la mano, envueltos en sus abrigo grandes que los hacían parecer aún más pequeños y frágiles. Un poco más lejos, la maiko, siempre sola, parecía una estatua de cera. También ella estaba refugiada en un silencio mineral. Ruth Cohen se levantó y se sentó entre los niños. Sacó del abrigo un paquete pequeño, cuidadosamente envuelto en un viejo periódico. Un challah, un pan en forma de llave que guardan para comer durante el viaje, horneado hacía unos días, antes de separarse de su sobrino que había quedado en China, apareció ante los ojos de los pequeños que se iluminaron como linternas. Mientras ella repartía pedazos entre todos, él, amasando un poco de miga, creó una diminuta *januquía*, incrustando nueve cerillas en el pan, transformándolo en un pequeño candelabro. Luego, tras encenderlas, comenzó a cantar, con una voz destilada de las voces de muchos ancianos que le antecedieron:

Maoz Tzur, yeshuati / leja nae leshabeaj / Tikon bet tefilati / vesham toda / nezabeaj

(Fortaleza, roca de mi salvación / a ti es adecuado alabar / establece la casa de mi plegaria / y allí un sacrificio de agradecimiento ofreceremos)

Y, mientras cantaba, extrajo, de uno de los bolsillos de su abrigo, una pequeña perinola de madera, con unos extraños dibujos en sus caras.

—Un dreidel —respondí yo. Había vuelto a dibujar en la libreta. Ahora los pájaros abandonaban los remolinos y las letras chinas y

habían acudido a posarse sobre un cerezo al que comenzaban a crecerle hojas. Recordaba perfectamente el juego, las letras hebreas Nun, Gimel, Hei y Shin que adornaban los lados del dreidel, al que jugaba con el señor Cohen muchas tardes, apostándonos viajes en cada tirada, ganándonos el derecho, en cada lance, de darle vueltas a la bola del mundo de su despacho —un inmenso dreidel, decía él— para descubrir lugares desconocidos y misteriosos. Las cuatro letras. Como los cuatro puntos cardinales en una brújula, las iniciales de unas palabras mágicas:

Nes gadol haia sham.

Un gran milagro ocurrió allí.

En ese momento, uno de los parroquianos, un poco ebrio, nos empujó intentando salir del *Va pensiero*. “Vaya, pensé, con el vaivén del Anfítrite, hasta este se ha mareado”. También se escucha la voz de una mujer que entona un nostálgico fado. Pero João Silveira, sigue su historia:

—En aquel preciso instante el barco dio un gran bandazo y el dreidel voló de las manos de Ismael Cohen, perdiéndose entre los fardos.

V

—Habíamos vuelto a perder nuestra brújula. La magia había cesado. Fue entonces cuando escuché por primera vez su voz. Me volví instintivamente hacía el lugar que ocupaba desde el inicio del

viaje. La vi, la veo ahora en mi recuerdo, en la penumbra—, continúa João Silveira. —Lleva mucho tiempo sin hablar y cuando escucha su propia voz hay un temblor súbito en sus labios como un viento que agita, sin reconocerlo, el silencio posado en las hojas del bosque. Canta. Es una voz lenta y plácida, un susurro de araña que teje. Hila las palabras como las manos expertas devanan capullos de seda. Es una canción que habla de las flores del cerezo en primavera. Y, como si, el dreidel se hubiera puesto de nuevo a girar. *Nes gadol haia sham. Un gran milagro ocurrió allí.* Poco a poco, una a una, todas las personas de la ciudad-bodega se unieron a la canción de la maiko. Es como si tomara de cada gesto, de cada voz de los pequeños, una hebra mínima de esperanza y tejiera un bramante de seda tan ligero y fuerte que todos, al sujetarse a él, se sintieran seguros. Cuando la canción concluyó, pensé que el cordón de seda se desharía, pero, antes de que el silencio se posara sobre el aire, la maiko se levantó, dejó que las amplias mangas de su kimono se desplegaran como las alas de una mariposa y comenzó a narrar:

“Una vez, el Emperador de Jade, el abuelo celestial, envió a los hijos de sus súbditos, los animales de la Tierra, al otro lado del mar para que aprendieran nuevas cosas del viejo mundo. Pero el barco en el que viajaban se vio azotado por el Nian, un monstruo que reinaba hambriento en el fondo del mar. El viaje se hizo tan largo y peligroso que los alimentos comenzaron a escasear. Entonces, unos sabios ancianos que acompañaban a los pequeños, compartieron con ellos un pan mágico que sabía a música y saciaba el hambre apenas con unas

migas, y entregaron parte de esa comida para saciar al Nian. Pero el apetito del monstruo era inmenso y volvió a enojarse.”

—La maiko calló durante unos segundos, ocultó su rostro tras sus manos, encogiéndose como una flor agostada por el calor, y prosiguió: “Todos los animales corrieron junto al Emperador de Jade, preocupados por sus hijos” dijo, y se fue acercando a cada uno de los niños —añadió João Silveira, —moviéndose entre ellos con un viento imaginario prendido a la seda de su kimono. Deteniéndose ante cada uno, adoptó una expresión distinta y un gesto diferente, arrancando poco a poco sonrisas a los pequeños, que la miraban absortos:

“El buey de grandes patas aporreó el suelo.

La rata de caminar ligero no paraba de moverse.

El tigre de lomo ondulado rugió.

El inquieto conejo agachó las orejas con miedo.

El reposado dragón frunció el ceño con preocupación.

La serpiente se enroscó sobre sí misma para reflexionar.

La plácida cabra baló una pregunta sin respuesta.

El caballo corcoveó nervioso.

El mono se rascó la cabeza y consultó su reloj.

El perro aulló con preocupación.

El gallo guardó silencio y el cerdo gruñó con enfado.

Entonces el Emperador de Jade decidió enviar a uno de sus servidores más listos para remediar aquella situación: Hóu, el mono.”

—Y de entre todos los signos del zodiaco chino me eligió a mí. Habían visto mi reloj, de manera que tenía sentido. Además, siempre he sido muy mono — dijo João Silveira, arrancándome una carcajada.

“Y, para rescatarlos”, prosiguió la maiko “le entregó a Hóu, uno de sus más preciados secretos: un molinillo del tiempo.”

—Entonces ella hizo algo completamente inesperado. Se acercó a mí y tomó en sus manos mi reloj. Y les enseñó a todos el rostro del mono en su esfera. Allí estaba Hóu a punto de salvarlos. Extrajo un largo alfiler de su tocado y con una ligera presión en el borde, hizo saltar el cristal de la esfera. Entonces sopló y la pelusa que detenía el paso de las agujas desapareció. Y el reloj volvió a caminar. Un grito de alegría y sorpresa recorrió el Pin min ku, mientras volvía a encajar el cristal y me devolvía el reloj.

“Con él”, prosiguió la maiko “Hóu se dedicó a moler las horas, haciendo harina de tiempo. Y con él hicieron un pan que, aunque invisible, era succulento porque alimentaba su esperanza. Pero el tiempo pasaba lento y Nian seguía teniendo hambre y azotando el barco con rabia. Hóu hubiera necesitado unas pocas semillas mágicas como las de los ancianos sabios para alimentar su molinillo y otro fuego para asar el pan de tiempo. Fue entonces cuando al mono se le ocurrió una gran idea. Elevó la voz por encima de las olas y llamó a su viejo amigo el dragón, para que le trajera unos pocos granos de arroz de tiempo.”

—Ella, extrajo de su cintura dos pequeños abanicos rojos que desplegó ante nuestros ojos como si fueran dos misteriosas alas

ocultas. Los movió con una gracia tal, mientras se deslizaba entre nosotros, que al poco estábamos viendo al dragón acudiendo en mi ayuda, bueno en la de Hóu —dijo risueño João Silveira.

“Pero Nian estaba furioso por el hambre y no dejaba que el dragón se acercara al barco” siguió contando la maiko. “Cada vez que intentaba acercarse, Nian levantaba olas tan grandes que amenazaban con hundir el barco. De manera que el dragón se elevó en el cielo, hasta el reino del Emperador de Jade, donde las olas no podían alcanzarlo, ató un pañuelo lleno de semillas de tiempo nuevo a una cuerda de palabras que dejó resbalar de su boca hasta el barco.”

—Y aquí el agitar de los abanicos y de las mangas del kimono se hizo aún más intenso, hasta que, de pronto, la maiko se quedó quieta. Los pliegues de seda sisearon por última vez, como las palabras de dragón, mientras resbalaban hasta el suelo como una flor de cerezo se desprende de sus pétalos. Entonces apareció, anidado en sus manos, un pañuelo de vivos colores. Con gesto sencillo deshizo el nudo del pañuelo y, en el interior, aparecieron unos pequeños granos de arroz —concluyó João Silveira.

—El arroz de tiempo —exclamé, abandonando el lápiz y la libreta en la que dibujaba, subyugada por la historia.

—Entonces —dijo João Silveira —los niños se acercaron de uno en uno, todavía con el embeleso del cuento en los ojos y fueron tomando, uno a uno, su grano de tiempo, y los vaivenes del barco se convirtieron en un mero estorbo sin importancia ante la portentosa

magia de aquellas semillas singulares que vencerían al Nian. Y antes de que cada uno recogiera su grano mágico, les dijo:

“Cuando traguéis el grano estaréis plantando una semilla en vuestro interior. Si la cuidáis crecerá, y, siempre que tengáis hambre u os sintáis asustados, podréis cerrar los ojos, acudir junto a vuestra planta, y tomar uno de sus granos para que os sacie.”

—Sea por la magia desplegada por la maiko en su cuento, por pura fortuna o porque Nian calmó su apetito, a partir de ese instante la tormenta amainó —afirmó João Silveira.

—Yo me acerqué a ella y le agradecí aquella historia que había construido hilando con palabras, borrando la realidad tan siniestra que nos rodeaba, sembrando dentro de nosotros, otra bien diferente:

“Las historias son lluvia. Palabras son granos que siembras. Su magia es su encuentro. En tiempos aciagos corazón solo escucha lo que otro corazón cuenta. Sequía en corazón es desierto en cabeza y *palabrasemillas* no crecen. Imaginación es lluvia en cabeza y campo de arroz en corazón. Pero la auténtica magia es molinillo de tiempo” dijo, señalando mí reloj, mientras la veía sonreír por primera vez.

João Silveira se quedó en silencio mirándome, mientras yo reconocía, definitivamente, en esa maiko joven y anónima, a la señora Chan, la mujer que me ayudó a convertirme en dragón.

En aquel momento llegaron el teniente Apolo Maia y Cristovao que, entusiasmado no paraba de hablar y de reír. Para él, aquella cena, no representaba una pérdida, sino la recuperación de su padre que, por fin, había vuelto de la guerra y el encuentro con su nueva familia.

Abandonamos la bodega *Va pensiero*, aún envuelta en la luz de las velas y los cánticos de celebración. Sentí, al cruzar el umbral, que mi ortiga había muerto. Las *palabrasemillas* la habían reemplazado.

Aunque participé de las bromas de Cristovao, guardé silencio durante el camino de regreso, dejando que las *palabrasemillas* germinaran. Dejándome empapar por cada gota de la lluvia que él y aquella señora Chan, la joven maiko, habían convocado. Cada música del *Va pensiero* cosida, con las agujas de su reloj, con las del reloj de la estación de Shanghái, a la del gramófono cuidado por Ismael y Ruth Cohen en la bodega del Anfítrite; el pan con forma de llave con la comida de nuestra cena; la luz de las velas del *Va pensiero* con las de la januquiá de cerillas de los Cohen; cada apagón, cada golpe de tormenta, cada gesto del Nian, igualmente cosido con los vaivenes y dudas de mi corazón de niña invadido por la ortiga del miedo, temiéndole a ese instante incierto en que pasado y futuro se dan la mano; el Hóu del cuento y el Hóu del reloj de João Silveira, que era más amante de los silencios; cada palabra del pasado unida al tiempo que venía en una historia que no era otra cosa que una cuerda de palabras brotando de la boca de un dragón; todas esas imágenes lloviendo sobre mí, haciendo que no me sintiera sola, que creciera sin miedo y con esperanza. Al final, no se trataba tanto de arreglar el reloj —mi reloj, el reloj que todos llevamos oculto en el pecho— como de curar el tiempo hasta que cicatrice en forma de recuerdo. Si el tiempo corre para la herida abierta, también debe correr para cerrarla.

No tengo que decir que la cena fue inolvidable para la niña que fui, para la anciana que soy. Y que sorprendí a todos al unir, a las doce uvas de final de año, un grano de arroz de tiempo para sembrar. Todavía visito el campo que creció del mío aquella noche. Y mientras los demás compran yo siembro. y recolecto sus *palabrasemillas*. La cosecha es tan copiosa que hace que ellos sigan aquí, conmigo, en mi memoria. La señora Chan vigilando el crecimiento de mis alas de dragón; el señor Cohen enseñándome, con infinita paciencia, que lo importante acecha en los instantes; João Silveira contándome historias de sus viajes como si fuera Simbad, y el teniente Apolo Maia recordándome con su ejemplo que, siempre que uno cae, se puede volver a levantar. Basta con pedir ayuda.

Y Cristovao, lo visita conmigo. Me ayuda a cuidarlo.

Ese fue nuestro regalo, aquel cinco de enero.

Ese era, es, nuestro trabajo hoy.

El de todos.

Fin.